

SIMÓN RODRÍGUEZ: AMÉRICA EN LOS SUEÑOS DE SU RAZÓN

SIMÓN RODRÍGUEZ: AMÉRICA IN THE IDEALS OF HIS REASONING

Arturo Gutiérrez Plaza
arturogutierrezplaza@hotmail.com
Universidad Simón Bolívar

RESUMEN

Este artículo indaga en varios aspectos fundamentales del legado intelectual y existencial de este pensador y pedagogo venezolano que vivió y publicó en Concepción y Valparaíso, entre 1833 y 1840. Se trata de una lectura que intenta identificar los hilos de un diálogo intelectual que emparenta a Venezuela y Chile, en torno a Rodríguez, desde el siglo XIX y hasta el presente, en el que han participado escritores como Andrés Bello, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, Ricardo Latcham, Gonzalo Rojas y Fernando Villagrán, entre otros.

PALABRAS CLAVE: Simón Rodríguez, Pensamiento hispanoamericano, Educación popular, Sociedades americanas.

ABSTRACT

This article displays key aspects of the intellectual and existential legacy of this Venezuelan thinker and educator who lived and wrote in Concepción and Valparaíso, Chile, between 1833 and 1840. It is a reexamination which attempts to identify the threads of an intellectual dialogue about Rodríguez from the XIX century to the present involving writers like Andrés Bello, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, Ricardo Latcham, Gonzalo Rojas y Fernando Villagrán, among others.

KEY WORDS: *Simón Rodríguez, Spanish American Thought, Popular Education, American Societies.*

Recibido: 20/7/2011 Aceptado: 15/9/2011

No fue sino al día siguiente del fallecimiento del poeta Gonzalo Rojas, en abril de este año, que me enteré, debido a la biografía ofrecida en el portal oficial WEB de la Fundación que lleva su nombre, que a mediados de la década de los setenta, durante su estancia en Caracas como exiliado del régimen dictatorial de Augusto Pinochet, él, su esposa Hilda y su hijo Gonzalo adquirieron la nacionalidad venezolana. En Cuba, cumpliendo funciones como Encargado de Negocios del gobierno chileno, lo sorprendió el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende. Tal circunstancia lo obligaría a un exilio forzoso que lo llevó a vivir en Alemania Oriental como profesor de la Universidad de Rostock. En 1975 se residencia en Venezuela, junto con su familia, gracias a la intermediación de varios amigos que lograron burlar las restricciones migratorias resultantes de la anulación de su pasaporte por parte del gobierno chileno. De Caracas recibió invitaciones para trabajar en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y en el departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, por iniciativa, entre otros, de los escritores Domingo Miliani y Guillermo Sucre; aquél, director-fundador de dicho Centro, que apenas se había inaugurado el año anterior, y éste, coordinador y fundador del Postgrado en Literatura Latinoamericana de la USB, también de reciente creación. La noticia biográfica se complementa con una cita del propio Rojas. Según se afirma en dicho portal, el poeta nacido en 1917 en el puerto de Lebu, dijo en alguna ocasión: “He tenido el honor de ser ciudadano de la patria de Bolívar, Bello y Simón Rodríguez, verdaderos padres de América”. La frase, que bien recoge el sentido y significación de la circunstancia vivida por Rojas en aquellos años en los que le era imposible retornar al país natal, llamó mi atención por varios motivos. En primer lugar, porque en efecto, Rojas (tanto por su persona como por su obra poética) tuvo por patria, al igual que los personajes que menciona, no sólo el terruño que lo vio nacer sino ante todo la América soñada y forjada por esa pléyade de próceres, militares y civiles, de los siglos XVIII y XIX. En segundo término, porque las palabras del vate chileno han de leerse también sobre el subtexto de la crónica vital del humanista caraqueño Andrés Bello, a quien en 1832 el Congreso Nacional de Chile le otorgara la nacionalidad por gracia. Digamos que en el ofrecimiento de la nacionalidad venezolana a Gonzalo Rojas, se esconde tácitamente un acto de agradecimiento a la generosidad con que Chile acogió a Bello, y lo hizo hijo de esa patria, en el momento en el que las difíciles circunstancias de la política de la época le dificultaron volver a Venezuela. El otro factor que reclama la curiosidad, es el escogimiento del tercer nombre que constituye la triada invocada por Rojas. Si bien los de Bolívar y Bello parecieran resultar inevitables para un chileno, al momento de hacer el inventario de los personajes venezolanos de influencia continental en el proceso de construcción de las nuevas naciones independientes surgidas en la Latinoamérica decimonónica (añadiendo tal vez el de Francisco de Miranda, en tanto precursor de la emancipación americana y mentor, en Londres, del joven Bernardo O’Higgins), el nombre de Simón Rodríguez luciría, tal vez, mucho menos conocido, sin tenerse siquiera conciencia de la

injusticia que tal omisión conlleva, a la hora de hacer el balance del devenir histórico del pensamiento latinoamericano del siglo XIX.

Recientemente Fernando Villagrán verifica esta apreciación, en su libro *Simón Rodríguez. Las razones de la educación pública*, al menos en lo referido al desconocimiento general que se tiene en Chile, como en el resto de América, de la vida, obra y pensamiento de este excéntrico educador, filósofo, tipógrafo y fabricante de velas caraqueño, fundamentalmente conocido como “el maestro formador de Simón Bolívar” (Villagrán 17). Confiesa Villagrán que será, también, debido a un señalamiento que le hiciera Gonzalo Rojas durante una conversación que tuvieron en 1996, que empezaría a tener sustantivas noticias acerca de este personaje histórico. Al consultarle sobre los encuentros de escritores internacionales que durante los años 60 el poeta chileno organizó en la Universidad de Concepción, éste afirmó: “Cuando hice mis encuentros de escritores, que fueron cinco consecutivos, los hice no pensando en la inmediatez del año 1958 o 1962, sino pensando en Bello, en Sarmiento y en ese loco genial que fue Simón Rodríguez, que anduvo en Chile, estuvo en Valparaíso, vivió en Concepción, anduvo en las minas de Curanilahue, vendió velas de cebo en Chile, fue el hombre que llevó a Simón Bolívar al Monte Sacro y lo hizo jurar la libertad de América. Un venezolano fenomenal. Yo estoy enlazado con esa tradición” (18).

Coincidiendo también con el propósito del libro de Villagrán, en el presente artículo se intentará indagar en varios aspectos de la vida y obra de Simón Rodríguez, personaje imprescindible de esa familia, como dijera Gonzalo Rojas, de los “verdaderos padres de América”. Para comenzar, nos detendremos brevemente en una circunstancia: la singularidad histórica en la que se enmarca esta obra, caracterizada, además, por su precaria o en todo caso tardía incorporación a lo que, con las necesarias precauciones que supone el uso de ciertas terminologías, podríamos denominar “el canon del pensamiento latinoamericano del siglo XIX”. Habría que empezar afirmando que la obra de Simón Rodríguez constituye una singularidad que surge dentro de una coyuntura histórica, a su vez, especialmente singular. Para ahondar en este hecho, valgámonos de algunas reflexiones que hiciera uno de los primeros intelectuales del siglo XX venezolano que se fascinaron por la obra y figura de Simón Rodríguez, referidas al momento y lugar de su nacimiento; tiempo y espacio en que vendrán al mundo varias otras figuras emblemáticas y enlazadas por su origen y destinos, así como por el protagonismo que tuvieron en el devenir histórico latinoamericano. En una entrevista concedida por Arturo Uslar Pietri a Antonio López Ortega, publicada en el año 1994 (López Ortega 397-414), el autor de *Las lanzas coloradas* expresaba lo siguiente acerca del sentimiento de americanidad históricamente consustancial a la venezolanidad desde el momento de gestación del proceso de independencia del continente:

Yo creo que allí arranca el sentimiento nacional de los venezolanos. Buscarlo más atrás sería muy difícil en realidad. No tenía por qué haberlo. Además,

Venezuela fue una entidad política dentro del imperio español que se constituyó muy tardíamente. Cuando vino en realidad a crearse lo que podríamos llamar la base geográfica y humana de la Venezuela actual, fue treinta años antes de la Independencia, en 1777, cuando Carlos III dio la Real Cédula de unificación de la Capitanía General y de la Gobernación. Escasamente treinta años antes de la independencia. En esos treinta años se pudo crear una vinculación entre los habitantes de la Nueva Andalucía y los que habían dependido del Virreinato de la Nueva Granada, entre los habitantes de los Andes venezolanos y la gente de los Llanos. De modo que fue el proceso de la independencia, con todas sus peculiaridades, el que dio la base para la creación de ese sentimiento. Mentalmente, esa proyección de inmensa realización conjunta hizo posible el surgimiento de ese sentimiento nacional. Sentimiento que posteriormente se vio fortalecido por la concepción que esos hombres [Miranda, Bolívar, Bello, Rodríguez, Sucre, etc.] tuvieron desde un primer momento: una concepción indudablemente americana (...) La independencia venezolana comienza por salirse de Venezuela, por concebir desde un primer momento una dimensión continental. Eso es muy importante y esa herencia la tenemos. Y esa es la base del sentimiento nacional del venezolano” (401-2).

Por otra parte, al tratar de responder qué circunstancias determinaron que ese grupo de individualidades, de talla continental, hayan nacido en el mismo país en la segunda mitad del siglo XVIII¹, apunta lo siguiente:

Individualidades hay en todas partes. ¿Por qué Venezuela, que era la más pobre de las provincias del Imperio español, la más atrasada (Venezuela vino a tener una imprenta prácticamente dos años antes de la independencia cuando en México la hubo desde el siglo XVII, Venezuela vino a tener una universidad veinticinco años antes de la independencia cuando en México y en Perú las había desde hace dos siglos)... por qué ese paisito tan pobre, tan pequeño, tan mal integrado, de repente produce ese grupo de hombres? Uno se pone a pensar en la vieja Caracas de 1810, que era una pequeña ciudad de cuarenta mil habitantes, [...], y dentro de esa vieja Caracas había lo que Arístides Rojas llamaba el “cuadrilátero histórico” [...] Bueno, usted se pone a ver y en ese ámbito nace Miranda, nace Bolívar, nace Bello, nace Roscio, nace Sucre, nace Simón Rodríguez, nace Urdaneta, nace Monagas. Es una floración de individualidades extraordinarias, desproporcionada (403).

¹ Un período de 45 años sería el comprendido entre el nacimiento de Francisco de Miranda (1750-1816) y Antonio José de Sucre (1795-1830).

Ahora bien, más allá de la exaltación patriótica, nos interesa poner de relieve las condiciones del medio político, económico, social y cultural en el que se conformó ese “cuadrilátero histórico” al que alude Uslar Pietri, en el que cuatro caraqueños como Miranda, Bolívar, Bello y Rodríguez vinieron a nacer en el período comprendido entre 1750 y 1783, y cuyos destinos se han de cruzar a lo largo de sus recorridos por el continente y el mundo. Ciertamente, el protagonismo de estas figuras ha hecho, para bien y para mal, de la gesta independentista una suerte de hito fundador en el imaginario que desde entonces se irá a apoderar del discurso histórico nacional, cuya incidencia, evidentemente, sigue marcando el curso del país. Habría que precisar, sin embargo, de mejor modo, cuáles fueron las coordenadas en las que se enmarca el inicio de esta etapa histórica. Pues lo cierto es que, a pesar de la poca significación que tuvo la futura Capitanía General de Venezuela en el concierto de la administración colonial hasta el último tercio del siglo XVIII (la carencia de imprentas y universidades ilustra de manera irrefutable tal afirmación), dicha sociedad comenzó a observar un importante auge, justamente en los albores del proceso de independencia. Esto explica la progresiva transformación que permitió que Caracas multiplicara por seis su población a lo largo del siglo XVIII, guardando la siguiente proporción con respecto a otras capitales americanas, al comienzos del siglo XIX: Bogotá reunía 20.000 habitantes; Santiago de Chile, Buenos Aires, Río de Janeiro y Caracas, alrededor de 40.000; Lima unos 60.000 y más de 100.000 Salvador de Bahía y México (Romero 163). Mariano Picón Salas señala, entre las causas de tal crecimiento, los avances económicos, que sin duda comenzaron a tener incidencia en los ámbitos social, cultural y político, el próspero y creciente desarrollo agrario de los valles de Aragua y del Tuy que convirtieron a Caracas en el centro económico de esa región. Además de otros factores como: la exportación de cacao, tabaco y cueros; el comercio de contrabando con la Antilla Holandesa de Curazao; y la promulgación, por parte de la Corte de España, en 1778, del Reglamento de Comercio Libre. Todo ello contribuyó “al auge de los negocios y a la abundancia y holgura criolla” (Picón Salas *Formación* 46-7).

Esta impresión la corrobora el historiador P. Michael McKinley, cuando afirma que: “ninguna otra colonia, con la posible excepción de La Habana, experimentó tal combinación de crecimiento económico y calma política y social durante las últimas décadas del imperio” (Citado por Jaksic 39)². Comparación hecha también por Alejandro de Humboldt, quien dirá, luego de visitar Caracas, entre noviembre de 1799 y febrero

² Según el mismo Jaksic: “Parte del crecimiento e importancia de la ciudad de Caracas se debía a las reformas administrativas del período Borbón tardío. Estas reformas indujeron un crecimiento económico basado en la demanda de productos agrícolas, especialmente el cacao, que se exportaba a los mercados mexicanos y también a España. Estas reformas administrativas incluyeron la creación de la intendencia del ejército y real hacienda en 1776, la capitanía general en 1777, la real audiencia en 1786, el establecimiento de un real consulado en 1793 y el arzo-

de 1800: “[...] en ninguna parte de la América española ha tomado la civilización una fisonomía más europea [...] cree uno estar en La Habana y Caracas más cerca de Cádiz y de Estados Unidos que en otra parte alguna del Nuevo Mundo” (330-1).

Será pues en esa Caracas, abierta a nuevos influjos y al tanto de los cambios políticos, sociales, culturales, científicos e ideológicos que se han venido sucediendo en Europa y Norteamérica durante aquellos años, donde habrá de nacer el párvulo don Simón Narciso Jesús, en 1769. Según el acta de bautismo fue registrado como niño “expósito”, es decir abandonado al nacer. Su padre, aparentemente, fue el clérigo Alejandro Carreño, según se desprende de las investigaciones emprendidas por Alberto Calzavara (245-6), en correspondencia con la información ofrecida por su biógrafo chileno Miguel Luis Amunátegui (230), posiblemente suministrada por el mismo Andrés Bello, vecino de Rodríguez en Caracas. Alejandro Carreño, quien además llegó a ser maestro de Capilla de la Catedral caraqueña, perteneció a una familia de importante tradición musical en la Caracas de entonces, a la cual se sumaría su hijo, el hermano menor de don Simón, José Cayetano Carreño, importante músico del período colonial y de la independencia³. Desde muy joven, la inteligencia y el carácter díscolo, rebelde y contestatario se harían presente en la personalidad de Rodríguez, quien por la adolescencia, al parecer tras desavenencias con su hermano José Cayetano, decidiría sustituir su apellido paterno por el de su madre, Rosalía Rodríguez, con quien, de acuerdo al censo de pobladores de la parroquia caraqueña de Altagracia, vivía junto a su hermano José Cayetano, en el año 1774. Su propia condición social, aunada a un agudo espíritu observador y escrutador, alimentado por la lectura de los enciclopedistas franceses y, especialmente, de Rousseau, lo llevan a concebir una educación que rompiera con las convenciones y limitaciones de la época, en aras de la construcción de una sociedad más justa e igualitaria. Un pasaje escrito por Uslar Pietri, en el que imagina el deambular y las reflexiones del joven Rodríguez, en la Caracas de su tiempo, da cuenta de la situación:

Cuando sale por las cortas y accidentadas calles de su menuda Caracas va analizando todo con el ojo de quien acaba de descubrir un nuevo punto de vista. Aquella sociedad le parece viciada. Todo el trabajo productivo está en manos de los pardos. Las clases altas son ociosas e ignorantes y viven entre prejuicios

bispado en 1804. Estas medidas representaban la culminación de un proceso de concentración de la autoridad imperial” (37).

³ Una obra fundamental para profundizar en el estudio de la obra de este músico es el volumen iconográfico, publicado por Biblioteca Ayacucho y preparado por el erudito profesor, helenista, filólogo y musicólogo Miguel Castillo Didier, quien vivió exilado en Venezuela, entre 1973 y 1985, dejando allí una obra admirable en todos los campos en que ejerció labores de investigación, docencia y divulgación.

anacrónicos. Nadie estudia lo que debería saber. Nadie aprende para mejorar su vida.

Al acercarse a las barberías se oye un coro cansino de voces infantiles que recitan la cartilla. Mientras el pardo rapabarbas afeita a un cliente, diez o veinte niños del vecindario, sentados en desparejas sillas, repiten con gangosa entonación el deletreo. El barbero conversa con el cliente y, de vez en cuando, se vuelve para llamar la atención a alguno de los niños.

A eso se reduce la escuela para muchos de los niños de la ciudad. Para los más no hay ninguna. Los más favorecidos pasarán de allí a aprender latín y filosofía.

Esto es lo que mira aquel Simón Rodríguez todavía adolescente, que ya ha roto con tantas cosas, y ese espectáculo lo sume en dolorosas y apasionadas meditaciones. (Uslar 60-1)

Como miembro de esa sociedad, es nombrado en 1791, año de la muerte de su padre, maestro de primeras letras en la única escuela primaria pública existente en Caracas. Las otras dos eran regentadas por religiosos. Estos datos no han de extrañar del todo, si tomamos en cuenta que era costumbre en la época que muchas personas enseñaran a leer y a escribir, en las casas, sin tener licencia para ello. En una carta de Feliciano Palacios, abuelo materno de Simón Bolívar y tutor de éste, escrita a su hijo Esteban quien se encontraba en Madrid, en septiembre de 1792, se hace mención a Simón Rodríguez en estos términos: “Te incluyo una lista para que me compres y remitas los libros que contiene [...] Estos son para el amanuense que me escribe, que es Don Simón, el hermano de Cayetanito Carreño; es hombre muy de bien y de bastante habilidad para llevar mis asuntos y cuentas, con descanso mío” (Lecuna 219)⁴. Para el año siguiente Bolívar ya aparece en los registros como alumno de la escuela de Rodríguez, la cual contaba con 114 alumnos, entre los cuales estaban tanto los hijos de las familias más prominentes de la ciudad (era el caso del futuro Libertador) como niños pobres y expósitos, que no sufragaban pago alguno. Muchos años después, en 1824, Bolívar pensaba en la posible ayuda que Rodríguez le pudiera brindar, no sólo por la inmensa estima que le tuviera sino también como disciplinado (y sabio) amanuense, del mismo modo que lo considerara su abuelo, don Feliciano. En una carta escrita a

⁴ “El Alférez Real de Caracas, Feliciano Palacios Sojo, abuelo del niño Simón Bolívar Palacios, que ha quedado huérfano de padre y madre –murió el padre, coronel Juan Vicente Bolívar, siete años atrás; la madre, Concepción Palacios, hace muy poco (julio de 1792)– desea un educador y contrata los servicios de Simón Rodríguez, tanto para la docencia inicial del niño Simón Bolívar que a los nueve años no sabe aún ni lo elemental, como para el empleo de amanuense” (Rumazo 30).

Santander en mayo de ese año desde Lima, lo expresa de este modo: “A don Simón Rodríguez déle usted dinero de mi parte, que yo lo pago todo, para que me venga a ver. Yo amo a ese hombre con locura. Fue mi maestro; mi compañero de viajes, y es un genio, un portento de gracia y talento para el que lo sabe descubrir y apreciar [...] Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. Él es un maestro que enseña divirtiendo, y es un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo le conocí valía infinito. Mucho debe de haber cambiado para que yo me engañe” (Lecuna *Cartas* 151). Aunque, ciertamente, nunca desempeñó Rodríguez el rol de amanuense que Bolívar avizorara en su misiva, el maestro, el amigo y el compañero de viajes fue a su vez un leal defensor de la gesta bolivariana, la cual, sin duda, siempre entendió como propia. Algunos han argumentado (Rumazo 32-34; Uslar 63) sobre la oportunidad que vio Rodríguez en Bolívar de poner en práctica, adaptándolas al medio de la Caracas colonial de las postrimerías del siglo XVIII, las teorías pedagógicas de Jean Jacques Rousseau expuestas en su célebre novela *Emilio*. Y en efecto, es bien conocido el interés e influjo que esta obra y el pensamiento del filósofo suizo tuvieron en Rodríguez, quien vio, sin duda, en el pequeño Simón, muchos de los atributos que Rousseau le asignó a su Emilio, entre ellos el de la mutua admiración, el respeto y la amistad⁵. La carta que Bolívar le envía a Rodríguez desde Pativilca, el 19 de enero de 1824, en la que celebra la noticia de su regreso al continente americano, tras 26 años de ausencia y casi 20 desde que se separaran en Italia, poco después de efectuado el célebre Juramento del Monte Sacro⁶, es el documento más elocuente del afecto mutuo de estos dos hombres y de la comunión absoluta de sus realizaciones e ideales:

¡Oh mi maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson! Vd. en Colombia, Vd. en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es Vd. el hombre más extraordinario del mundo; podría Vd. merecer otros epítetos, pero no quiero

⁵ “En él leyó Rodríguez –según afirma Rumazo–: ‘Quisiera yo que el alumno y el maestro en tal manera se reputaran inseparables, que siempre el destino de su vida fuera objeto común entre ellos’” (37).

⁶ El texto del Juramento de Bolívar y Simón Rodríguez en el Monte Sacro de Roma, el 15 de agosto de 1805, fue publicado por el colombiano Manuel Uribe Ángel, como palabras dichas a él por Rodríguez, en Quito, en 1850. Según el texto, Bolívar le dijo a Rodríguez lo siguiente: “[...]mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo. Y luego, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación febril, me dijo: ¡Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español! (Rodríguez 378).

darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo; sí, a visitar su patria que ya no conoce, que tenía olvidada no en su corazón sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que Vd. quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?

Ciertamente no habrá Vd. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener. Vd., Maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá seguido Vd. mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por Vmd. mismo! Vmd. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Vd. me señaló. Vmd. fue mi piloto aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede Vd. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Vd. me ha dado; no he podido borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Vd. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Vd. ha visto mi conducta; Vmd. ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y Vmd. no habrá dejado de decirse: “Todo esto es mío. Yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna. Ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos; ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescindible, privativo a todo” (Bolívar 203-4).

Tal vez por esas razones, también, haya escrito Simón Rodríguez la defensa más enfática y razonada que se haya hecho de Bolívar, justamente en la época en que el antibolivarianismo ganaba mayores adeptos. El libro escrito en Bolivia, en 1828, se llamó *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social*, y fue publicado en Arequipa, en 1830, unos meses antes de la muerte de Bolívar. Esa relación, nacida en la Caracas de las postrimerías del siglo XVIII, y que podríamos denominar “la de dos Quijotes sin Sanchos”, continuará en otras etapas de la vida de ambos en Europa y América. Resumamos los aspectos más importantes de la vida de Rodríguez en esas etapas. Entre 1792 y 1797 será maestro y tutor de Bolívar, como señalamos anteriormente, por requerimiento del abuelo del Libertador, Don Feliciano Palacios, tanto en su casa como luego en la escuela dirigida por él. En 1793, contrae matrimonio con María de los Santos Ronco⁷. Ese mismo año, al morir don Feliciano, el tío de Bolívar, Carlos Palacios y Blanco queda a cargo de la educación y de la administración de los bienes de su sobrino de

⁷ “La esposa es de origen modesto, como él. No tendrán hijos en los cuatro años de su relación” (Rumazo 37).

diez años. De 1794 data el primer documento que conocemos de Simón Rodríguez, relativo a sus propuestas y prédicas pedagógicas. Se trata de una memoria que presentara al Ayuntamiento de Caracas, titulada *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas, y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*. Rodríguez hace un diagnóstico del estado de la educación y los establecimientos escolares en la Caracas de la época y propone una serie de cambios. Entre los aspectos más resaltantes de su propuesta destacan: la poca estimación que se tiene a la tarea docente en la sociedad; la inconveniencia de que gente sin la necesaria formación ni vocación se dediquen a la enseñanza por su cuenta; la precariedad de los sueldos que se asignan a los maestros de profesión; la creación de cuatro nuevas escuelas, una por cada parroquia de la ciudad, que posea cuatro maestros y doce pasantes cada una; la incorporación de los pardos y morenos al proceso educativo oficial⁸. A lo largo de 1795 ocurrirán varios incidentes que acentuarán la relación de Bolívar y Rodríguez. Como resultado de la fuga de aquél de la casa de su tío, a la casa de su hermana María Antonia Bolívar, se abre un pleito judicial a fin de determinar quién se hará cargo de la educación y administración del importante patrimonio del menor. Una vez obtenida la aprobación de la Real Audiencia, por recomendación de su tío Carlos Palacios, Bolívar es destinado al cuidado de Rodríguez. Por tal motivo el niño Simón, quien tenía doce años, se aloja en la casa de su maestro, en una amplia vivienda de diez habitaciones y dos patios, en la que habitan también, Cayetano Carreño, hermano de Rodríguez, sus respectivas esposas, parientes, tres criados y otros cuatro niños. Tras un nuevo episodio de rebeldía, en agosto, Bolívar se escapa de casa de Rodríguez y

⁸ La argumentación de Rodríguez en esta materia, aunque extrema para la época, aboga por la enseñanza de los pardos y negros, pero concede en que éstos estudien sus oficios (artes mecánicas) separados de los blancos. Después de todo no se podía aspirar a más bajo los condicionantes coloniales de entonces. Veamos: “Las artes mecánicas están en esta ciudad y aun en toda la Provincia, como vinculadas en los pardos y morenos. Ellos no tienen quien los instruya; a la escuela de los niños blancos no pueden concurrir: la pobreza los hace aplicar desde sus tiernos años al trabajo y en él adquieren práctica, pero no técnica: faltándoles ésta, proceden en todo al tiento; unos se hacen maestros de otros, y todos no han sido ni aun discípulos [...] ¿Qué progreso han de hacer estos hombres, qué emulación han de tener para adelantarse, si advierten el total olvido en que se tiene su instrucción? Yo no creo que sean menos acreedores a ella que los niños blancos. Lo primero porque no están privados de la Sociedad. Y lo segundo porque no habiendo en la Iglesia distinción de calidades para la observancia de la religión tampoco debe haberla en enseñarla. Si aquellos han de contribuir al bien de la Patria ocupando los empleos políticos y militares, desempeñando el ministerio eclesiástico, etc., éstos han de servirla con sus oficios no menos importantes; y por lo mismo deben ser igualmente atendidos en la primera instrucción. Mejor vistos estarían y menos quejas habría de su conducta si se cuidase de educarlos a una con los blancos aunque separadamente” (Rodríguez *Tomo I* 201).

regresa a las pocas horas. Ello originará la intervención de la Real Audiencia que dictará disposiciones más severas sobre la forma en que deberá educarse al niño Bolívar. Durante los dos meses siguientes éste seguirá viviendo con Rodríguez y asistiendo a su escuela, hasta octubre, cuando regrese a casa de su tío Carlos Palacios. Ese mes la Real Audiencia decide rechazar la propuesta de reforma educativa presentada por Rodríguez, tras un largo proceso que se inició el año anterior, cuando el Cabildo la aprobara provisionalmente, quedando a consideración de esa instancia superior⁹. Tal decisión origina la renuncia de Rodríguez al cargo de “maestro de primeras letras” y determina su resolución de abandonar el país, a finales del 1797. Ya nunca volverá a Caracas ni a Venezuela. Allí dejará a su esposa, con quien no se reunirá nunca más. No verá de nuevo a Bolívar hasta varios años después, en 1804.

Se inicia así la fase en que Rodríguez dejará de ser el “Sócrates de Caracas” para convertirse en el “filósofo cosmopolita” (conceptos con los que Bolívar prestigiara a su maestro). “Según Amunátegui, Rodríguez pasó un tiempo en Jamaica después de salir de Venezuela dedicado al aprendizaje del idioma inglés” (Morales 315). Se sabe que vivió un tiempo en Baltimore (y quizás en Philadelphia) trabajando como cajista de imprenta. El aprendizaje y dominio de este oficio le permitirá, varios años después, componer personalmente los moldes de imprenta de sus textos y desarrollar la propuesta tipográfica que caracterizará y hará especialmente singular su escritura, concebida por él como una “pintura de ideas” en la que además de éstas el lector pudiera apreciar el proceso de su desarrollo, sus relaciones intrínsecas, sus jerarquías y sus debidas entonaciones.

En 1800, luego de su estancia en Estados Unidos y, posiblemente, tras un breve tiempo en Inglaterra, nos encontramos con Rodríguez en Bayona. Será aquí donde cambiará nuevamente de nombre: ahora se hará llamar “Samuel Robinson”¹⁰. Se alternará en distintos oficios como los de impresor y maestro. Impartirá clases de español e inglés y perfeccionará su francés. Al año siguiente conocerá a Fray Servando Teresa de Mier, con quien meses después abrirá en París una escuela de enseñanza de español. Allí traducirá la novela *Atala* de Chateaubriand. Luego de cerrar la escuela, habrá de trasladarse por unos meses a Lyon. En 1803 lo encontramos en el Registro de Españoles en París, bajo las siguientes señas: “Samuel Robinson, hombre de letras, nacido en Filadelfia, de treinta y un años”. Conformado el personaje que ha hecho de

⁹ “[L]as “Reflexiones” van al estudio del fiscal Julián Díaz de Saravia, quien las objeta, fundado en cuestiones adjetivas. Para el funcionario bastaba el aumento de un plantel para blancos, y la creación de dos para muchachos de color dentro de estrictísimas condiciones previas” (Rumazo 42).

¹⁰ “Tomó el [nombre] de Samuel Robinson, para no tener constantemente en la memoria, decía él, el recuerdo de la servidumbre” (O’Leary 54).

sí mismo, y que en buena medida ha dado pie a la lectura privilegiada del misterioso anecdotario de su vida aventurera, antes que a su obra, se reencuentra con su discípulo predilecto, Simón Bolívar, en París, en 1804. Éste viene de Madrid, aún afectado por su reciente viudez de María Teresa del Toro y Alayza, con quien había contraído matrimonio en mayo de 1802 y cuya muerte ocurrió en Caracas, 9 meses después. Durante este tiempo, en la medida que se fortalece la amistad entre Bolívar y Rodríguez, se profundiza la influencia del maestro sobre el discípulo, quien por recomendación de aquél emprende la lectura de varios filósofos. Se cuenta que el día de la coronación de Napoleón como emperador, por el Papa Pío VII en París, “ambos permanecieron todo el día en su habitación descontentos por la creciente tendencia autoritarista (sic) de su política” (Morales 317). En 1805, Bolívar y su maestro emprenden juntos un viaje hacia Italia, compuesto por varias jornadas a pie. Pasan por Chamberey, Turín y llegan a Milán, en cuya Catedral Napoleón es coronado rey de Italia por el Papa Pío VII. Tras presenciar la revista militar que el emperador preside en Montechiaro, siguen hacia Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia, Perusa y Roma, donde habrán de realizar el célebre Juramento del Monte Sacro. Separados en Italia, no volverán a encontrarse sino 20 años después, cuando Rodríguez vuelva a América, a comienzos del año 23 por Cartagena de Indias.

Se sabe relativamente poco de los viajes y tareas emprendidas por Robinson durante el período comprendido entre la despedida de Bolívar y su reencuentro en Colombia. En 1806 se halla de nuevo en París, proveniente de Milán. “De acuerdo a un viajero francés que le conoció, decía haber visitado España, Inglaterra, Alemania y Portugal y hablar varias lenguas de estos países con sus respectivos dialectos” (Morales 318). Según O’Leary viajó por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia (338). Uribe Ángel, afirma que trabajó en un laboratorio de química industrial, concurrió a juntas secretas socialistas, aprendió lenguas y regentó una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia (73). En 1821, antes de volver a América, pasa por Londres, donde se encontrará, entre otros, con Andrés Bello. Allí, de acuerdo al testimonio de Amunátegui, “permaneció algún tiempo, adquirió cierta reputación por su manera fácil y expedita de enseñar la escritura, las matemáticas, la teneduría de libros y el francés” (234).

Tras su vuelta a América, podríamos identificar dos períodos en su vida. El primero, en el que cuenta con la protección de Bolívar. Y el siguiente, tras la muerte de El Libertador. Cuando Bolívar le escribe a Rodríguez, desde Pativilca, en enero de 1824, pidiéndole que viaje a Perú a reunirse con él, ya éste ha emprendido en Bogotá su primer intento, de muchos que procurará llevar adelante en esta etapa americana, por establecer una institución de enseñanza fiel a sus principios y prédicas pedagógicas. A diferencia de la propuesta hecha (y rechazada) en Caracas de 1794, en esta ocasión intenta montar un “Casa de Industria Pública”, que le brinde a los jóvenes un oficio mecánico, además de los conocimientos elementales de escritura, lectura, gramática

y aritmética. En esta oportunidad Rodríguez intentará materializar varias de las ideas expuestas en sus escritos, publicados a partir del aparecido en Arequipa, en 1828, titulado: *Sociedades americanas en 1828. Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros. En esto han de pensar los americanos, no en pelearse unos a otros* (en distintos tamaños y tipos de letra y en una disposición escalonada a lo largo de la página). Entre los planteamientos que promoverá el resto de su vida y que procurará poner en práctica en los múltiples proyectos fracasados que signarán su destino, están: el de dar conocimientos útiles al joven, en tareas manuales, que le permitan laborar dignamente en la sociedad y tener derecho a la propiedad; no sólo instruir sino fundamentalmente educar ciudadanos republicanos; y fomentar una educación sin diferencias raciales y de cobertura pública. Así lo expresará en el citado libro:

Se discurre, se promete, se hermocean las esperanzas... ¡pero nada de esto se toca! El hombre sencillo no gusta de hipótesis, porque no sabe suplir (... tal vez no puede ...) Procédase de otro modo y se excitará su sensibilidad.

Educación *Popular*

Destinación a ejercicios útiles

Aspiración *fundada* a la propiedad.

Son cosas palpables, por consiguiente más persuasivas, que cuantos discursos pueda hacer la elocuencia más vehemente (*Sociedades* 19).

Rodríguez, contrapone a las tesis mayormente esgrimidas por otros intelectuales ilustrados y educadores de su tiempo, la consigna de que la enseñanza pública debe, ante todo, posibilitar la educación de todo el pueblo, independientemente de su raza o estrato social, a fin de formar la conciencia republicana, imprescindible para la viabilidad de las nuevas naciones. En lugar de abonar la causa de la emigración europea civilizada como antídoto contra los males de la barbarie, plantea:

COLONIZAR el país con...

SUS PROPIOS HABITANTES

y para tener

COLONOS **DECENTES**

INSTRUIRLOS EN LA NIÑEZ (*Sociedades* 186).

Ante la práctica de la educación entendida como mera formación de letrados, replica:

Borlas y buena pluma! (dicen unos a sus hijos!)

Filología (les dicen otros)

¡ES POSIBLE!

¿y con quién se harán las Repúblicas?

¿¡Con Doctores!?! ¿¡Con Literatos!?! ¿¡Con Escritores!?!¹¹

(*Sociedades* 36)

Tras el fracaso, por falta de recursos económicos, de la “Casa de industria pública” que intentó llevar adelante en Bogotá, Rodríguez viaja hacia Lima vía Guayaquil, atendiendo el llamado de Bolívar. Desde ese puerto, al que llegó tras muchos contratiempos en la navegación desde Panamá¹², le escribe a Bolívar, el 30 de noviembre de 1824:

Aquí estoy desde el 18 del corriente, siguiendo viaje hacia donde U. esté. [...] Pero... volviendo a mi viaje... Los soldados me han dejado, por mucha gracia, el pellejo; con ellos no sigo. El General Castillo me proponía enviarme recomendado en barco donde no fuesen tropas, pero temo. Si me cogen los realistas hacen fiesta con mis papeles, y por amigo de U. (que siempre se sabe a bordo por alguno que lo ha oído decir en tierra) me llevarán qué sé yo dónde, y nunca nos veríamos. Tengo muchos escritos para nuestro país, y sería lástima que se perdiesen: he decidido, pues, ir por tierra (Rodríguez *Tomo II* 503).

¹¹ Textos como estos son los que le permiten a Ángel Rama afirmar: “Si la vida y las ideas de S. Rodríguez prueban cuán lejos estuvo de la *ciudad letrada*, cuya oposición fundó, esta original traducción de una arte de pensar muestra cuán lejos estuvo también de la *ciudad escrituraria*, aunque, como los autores de graffiti, hubiera tenido que introducirse en ella para mejor combatirla” (75).

¹² Pues según la carta que le escribe el general Paz del Castillo al Libertador, desde esa ciudad ecuatoriana, a Rodríguez “le robaron ropa, instrumentos y cuanto tenía” (Morales 320) en la travesía.

Desde el mismo lugar, el 7 de enero le vuelve a escribir a Bolívar, diciendo:

Amigo:

Yo no he venido a la América porque nació en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos, y porque es U. quien ha suscitado y sostiene la idea. [...] El pueblo es tonto en todas partes; sólo U. quiere que no lo sea en América, y tiene razón (Rodríguez *Tomo II* 504).

Estas cartas son testimonio de la larga maduración de las ideas de Rodríguez, escritas desde mucho antes de poderlas publicar, en lo relativo a las posibilidades únicas que la América ofrecía para la innovación y la concreción de una civilización mejor, constituida sobre profundas raíces republicanas.

Luego del reencuentro de Rodríguez y Bolívar en Lima, en 1825, viajan juntos a las provincias del sur del Perú, donde el Libertador promulga varios decretos en beneficio de los indígenas. En su recorrido se fundan varias escuelas bajo la supervisión de Rodríguez. Tras la creación de Bolivia, el 6 de agosto de 1825, en Chuquisaca, capital del nuevo Estado, se aprueba un plan de educación presentado por Rodríguez, quien además es nombrado por el Libertador “Director General de Minas, Agricultura y Caminos Públicos” y “Director General de Enseñanza Pública, de Ciencias Físicas, Matemáticas y de Artes”. Hacia finales de ese año Bolívar expide decretos en procura de alcanzar diversas mejoras en la enseñanza pública, de acuerdo a las recomendaciones de Rodríguez. A comienzos de enero de 1826, Bolívar parte hacia Lima, delegando el Poder Supremo de Bolivia en Antonio José de Sucre. Ni el Libertador ni Rodríguez sabían en ese momento que ya nunca se volverían a ver. Ese mismo mes, Rodríguez funda la “Escuela Modelo de Chuquisaca”, siguiendo a los planes convenidos con Bolívar, cuya continuidad habría de ejecutarse bajo el mando de Sucre. Se trataba de dar cumplimiento a la propuesta de “colonizar la América con sus propios habitantes”. Con ese propósito parte para Cochabamba, por disposición de Sucre, para crear una escuela semejante a la fundada en Chuquisaca. Será el inicio de las nuevas desgracias de Robinson. En Cochabamba se entera de que el Mariscal Sucre ha decidido clausurar aquel establecimiento educativo. Más de 20 años después, en una carta escrita en Latacunga, Ecuador, a José Ignacio París, el 6 de enero de 1846, Rodríguez resumiría así su periplo:

A principios del año 23 (hace 23 años) llegué a Cartagena i estuve en Bogotá hasta mediados de 24.

Me llamó Bolívar, i, atravesando el istmo en compañía del General Valero, llegué a Lima a principios de 25.

Allí se abrazaron los dos Simones, al cabo de 20 años de haberse separado en París.

[...] me hizo jurar que sólo la muerte nos separaría.

Después de algunos días, subimos al Alto Perú, donde pasamos el resto del año. Dispusimos la grande empresa de la

Educación Popular!

(Proyecto que me trajo de Europa).

A mi propuesta, i autorizado por sus decretos, se creó un fondo de 15 millones de \$ para con sus créditos, al 5 por ciento (\$750 mil anuales) empezar la magna obra de la

Libertad Civil!

obra en la que los antiguos no pensaron, de la que los americanos hablan, sin pensar en lo que dicen, i con cuyo nombre respaldan las mismas injusticias que alegaron para pelear por su

Independencia Política!

Quedó Sucre encargado de proteger mis operaciones hasta fines del año 28, tiempo suficiente para dejar el establecimiento, en manos de los Bolivianos. A principios de 29 debíamos venir a emprender la misma obra en Colombia, bajo la inmediata protección de Bolívar.

El día 1º del año 26 salió Bolívar de Chuquisaca. Los clérigos y los abogados viejos se apoderaron de Sucre, le hicieron echar a la calle más de 2 mil niños, que yo tenía matriculados y cerca de 1.000 recogidos. Pretendieron ponerme bajo las órdenes [de los Prefectos a] enseñar a leer i a gritar la Biblia, según Landcáster [sic]. Aplicaron el dinero a fundar Casas de Misericordia, Recovas, Institutos de Caligrafía para el Bello Sexo, etc., como hacen las naciones cultas: porque el fondo era de Beneficiencia; y que Beneficiencia quiere decir dar caldo claro a los pobres, i aconsejarles que tengan paciencia; poner debajo de techo a los regatones, para que las patatas no se mojen; encargar, a las matronas virtuosas, las niñas que tengan dinero, para que aprendan el pudor por principios, etc. Como hacen las naciones cultas. Por consejo de los Teólogos i de los Jurisconsultos despidieron a los empleados elegidos por mí, especialmente a los que eran frailes (porque con frailes no se podía hacer nada bueno) dieron las Cátedras i Rectorados, a jóvenes recomendados por Niñas Bonitas, consiguieron que Sucre me desairare en público, porque abogaba por los frailes empleados: en fin, dieron con la empresa en tierra (Rodríguez *Tomo II* 532-3).

En la misma carta habla de la dificultad para imprimir su “Obra Clásica”, las *Sociedades americanas*, “porque cada letra cuesta un sentido, i después no hai quien lea”. Cargado de injurias, deudas, indispuesto “a someterse a formulillas, providencillas y decretillos” (como le dirá en una carta a Bolívar, escrita desde Oruro en septiembre de 1827) y tildado de loco, hereje e inmoral, renuncia a los cargos que ocupaba. En septiembre de 1828, establecido en Arequipa, instala una pequeña fábrica de velas. Será a partir de ese momento que comenzará a publicar, por partes y con muchas dificultades, sus libros, los cuales en realidad siempre contaron con muy escasos lectores. Como el mismo diría, al referirse a *Sociedades americanas*, “temiendo que otro se apareciese en público, hice imprimir el ‘Pródromo’ de mi obra el año 28”¹³ (Grases 17). Al año siguiente, en 1829, reimprime la primera parte de esta edición en *El Mercurio Peruano* y su continuación en noviembre y diciembre del 29, en *El Mercurio* de Valparaíso. Será en Arequipa, en 1830, donde publicará su defensa a Bolívar, antes señalada. En un nuevo intento por recaudar fondos para editar *Sociedades americanas*, publica en Lima, en 1831, un folleto que contendrá el plan general de la obra. Ante el escaso número de suscriptores interesados en la publicación, fracasa nuevamente. Mientras vive en la capital peruana, en una gran pobreza, dándoles clases a unos pocos niños, recibe una invitación del Intendente de Concepción José Antonio Alemparte, para que proponga y ejecute un plan de educación científica en el Instituto Literario de Concepción. Al llegar a esa ciudad, es nombrado preceptor de la instrucción primaria y director de los ramos literarios, en dicho instituto. Allí procura poner en práctica las ideas que ha venido desarrollando desde su vuelta a América: formar ciudadanos republicanos, de todas las razas y estratos, diestros en oficios útiles y capaces de propagar “luces y virtudes sociales”. Según afirma José Victorino Lastarria: “Se decía que en su escuela de Concepción y en la que tuvo después en Valparaíso, enseñaba, juntamente con los rudimentos de instrucción primaria, la fabricación de ladrillos de adobe, de velas y obras de economía doméstica; pero que la educación que impartía estaba muy lejos de conformarse a las creencias, usos, moralidad y urbanidad de la sociedad en que ejercía su magisterio” (48). Será en 1834, con el patrocinio de Alemparte, que publicará en Concepción *Luces y virtudes sociales*. Al año siguiente un fuerte terremoto sacude a esa ciudad, quedando destruido el instituto donde impartía clases. Enfermo y con deudas, subsiste ejerciendo varios oficios: clases a domicilio, administrador de una hacienda, instalador de una máquina de aserrar, etc. En 1840 publica, en la imprenta de *El Mercurio*, en Valparaíso, la segunda versión de *Luces y virtudes sociales*. En esa ciudad vive con una india llamada Manuela Gómez, con quien tuvo dos hijos. Sin

¹³ Tal vez en esta afirmación haya alguna precaución adicional, luego de la disputa que tuvo con Fray Servando Teresa de Mier, sobre la autoría de la traducción de *Atala*. Duda que de acuerdo a las investigaciones de Pedro Grases pareciera despejada a favor de Rodríguez.

casi recursos para subsistir, luego de regentar por un tiempo una pequeña escuela, se asocia con un fabricante de velas. En 1941 se encuentra en Azángaro, en las cercanías del lago Titicaca. Allí emprende varios proyectos, además del de fabricación de velas, todos precarios e infructuosos, como los de manufactura de jabón blanco, incubación de huevos de gallina, etc. En 1842 logra publicar en Lima una nueva versión de *Sociedades americanas*, constituida por partes de la original, publicada en Arequipa en 1828, y por secciones de *Luces y virtudes sociales*, publicadas en Concepción y Valparaíso, en 1834 y 1840, respectivamente. Hasta la fecha de su muerte vivirá una vida errante, llena de emprendimientos fallidos, incomprendimientos y penurias. A finales del 42 se encuentra en Quito, como administrador de las salinas del general Juan José Flores; al año siguiente está en Latacunga, al sur de Quito, impartiendo clases en un colegio regido por el clérigo Rafael María Vásquez, protector suyo; luego de lo cual intenta instalar una pequeña fábrica de pólvora. En 1847 llega a Tusquerres, al sur de Pasto, Colombia, con la esperanza de impulsar un nuevo establecimiento educativo que fracasa, una vez más, por insuficiencia de medios. Entre 1850 y 52 vive en Quito y Latacunga, ejerciendo actividades docentes. En 1853 se traslada con su hijo José (al parecer su mujer falleció en Tusquerres) a Guayaquil, donde se involucran en otro proyecto que habrá de fracasar, para la refinación de esperma y fabricación de velas. En 1854, luego de un accidentado viaje llega, junto con Camilo Gómez (amigo de su hijo José), al pueblo de Amotape, en el extremo norte del Perú. Allí muere el 28 de febrero, en la más absoluta miseria. Los dos cajones de papeles y libros que lo acompañaban al momento de su muerte, quedaron, al parecer, en Guayaquil, donde desaparecieron del incendio que cubrió esa ciudad, en octubre de 1896. Así moría el maestro de Bolívar, quien según testimonio del viajero francés Paul Macoy, un día le confesó, en las cercanías del Titicaca: “Prefiero acabar mis días en una tranquilidad profunda, a ejemplo de los ríos de esta América que van sin saber adónde y dejan a la Providencia guiarlos” (Morales 328).

En la célebre carta que Bolívar le escribe a Rodríguez, desde Pativilca en enero de 1824, como celebración de su vuelta a América, hay una frase, que bien describe la naturaleza del pensamiento, la escritura y las enseñanzas de Simón Rodríguez. El Libertador le dice: “no he podido borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Vd. me ha regalado”. Y en efecto, es en la estructura aforística, en la breve y determinada sentencia, donde se concentra la fuerza y la atracción del pensamiento de Rodríguez. Todos sus escritos se cimientan sobre esa convicción, como pareciera desprenderse del texto con que cierra la “Advertencia”, e inicia la versión de *Sociedades americanas*, publicada en Lima en 1842. Allí dice: “Para quien entienda la materia, el discurso debe ser *aforístico*; Con los sabios debe hablarse por *sentencias*, porque, para ellos, las sentencias son *palabras*” (Tomo I 299). Esta característica, ha hecho propicio el género antológico como forma pertinente para difundir las ideas centrales, que conforman los núcleos fundamentales sobre los cuales Simón Rodríguez

“construyó” su discurso intelectual¹⁴. Toda su obra escrita se constituye, además, por la vía de la acumulación, el reacomodo, la exclusión, la incorporación y la reinscripción, en la expresión de un pensamiento que se proyecta por capas, permeadas por múltiples niveles de interacción, y que trata sobre diversos temas (políticos, filosóficos, lingüísticos, éticos, pedagógicos, etc.) dentro de una unidad compleja, a la vez esquemática y sistemática. En la escritura de Rodríguez la página se conforma en un sistema de representación gráfico donde ideas y palabras se corresponden en distintos órdenes de relación, mediante asignaciones funcionales, ajenas a las convencionales, para el uso de mayúsculas, minúsculas, cursivas, signos de puntuación; utilización de llaves y operadores aritméticos; valoración significativa del blanco de la página; jerarquización de ideas, en virtud de su disposición espacial, etc. Partiendo siempre de la RAZÓN como entidad inexorable para la develación de la verdad, todo su pensamiento se expresa como derivación de la aplicación de esquemas de razonamiento lógico matemáticos, muchas veces a modo de parodia en campos de diversa índole, acudiendo a procedimientos tales como: paralelismos, analogías, series, progresiones, operaciones aritméticas, inversiones, condicionales, equivalencias, asociaciones transitivas, etc.¹⁵ No siendo sus operandos otros que las palabras, se trata de un pensamiento obsesionado por la búsqueda de la precisión léxica¹⁶, la definición de matices, gradaciones, las pesquisas etimológicas, la identificación de falsas sinonimias, pues al fin y al cabo lo que subyace es la convicción de que el arte de escribir (pintar las ideas) es consustancial con el de pensar y el de gobernar. Todos proceden de una misma gramática y geometría.

Para finalizar, tal vez valga la pena recordar una anécdota en la que el humor y la ironía juegan un papel determinante. La escena tiene lugar en Santiago, en 1839, la refiere otro gran latinoamericanista chileno, don Ricardo Latcham, testimoniada

¹⁴ Como muestra de la tendencia a acudir a este procedimiento (el antológico), bastaría tan sólo verificar la frecuencia con que se ha acudido a él, al tratar de exponer la integridad del pensamiento de Rodríguez. De tal modo han procedido Juan David García Bacca, Juan Antonio Calzadilla y Fernando Villagrán, en secciones de sus trabajos incluidos en las obras citadas en este artículo.

¹⁵ Algunos ejemplos, en los que además están presentes los juegos de lenguaje, característicos de su pensamiento, podrían ser los siguientes: “Sucede con las sentencias lo que con la aritmética./Cualquiera saca su cuenta, porque sabe la fórmula;/pero/no fue *un cualquiera* el que hizo la fórmula, para que/ saliera la cuenta” (Tomo I 364); *Monarquía multiplicada por República/ y dividida por República, igual a Monarquía* (Tomo II 310). “Aquí soy un cero llenando un vacío; al lado de U. haría una función importante, porque U. valdría por 10” (“Carta a Bolívar, 30 de sept. de 1827. Tomo II 513).

¹⁶ Al respecto dice: “*El conocimiento de las palabras/es obligación del que escribe/ como... del que lee*” (Tomo II 393).

por José Victorino Lastarria. Rodríguez acude a la tertulia de su paisano don Andrés Bello, el otro maestro del Libertador:

Una noche, dice Lastarria, estaban ambos solos en la casa de aquél (Bello), después de haber comido juntos. El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, y en un extremo, en el sillón más inmediato a una mesa de arrimo, en que había una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, y una cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pie, con un aspecto impasible, casi severo. Vestía chaqueta y pantalón de *nanking* azulado, como el que usaban entonces los artesanos, pero ya muy desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, transparente, de cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y ancha de frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera y agradable. Describía el banquete que él había dado en La Paz al vencedor de Ayacucho y a todo su Estado Mayor, empleando una vajilla abigarrada, en que por fuentes aparecía una colección de orinales de loza nuevos y arrendados al efecto en una locería. Esta narración, hecha con la seriedad que da una limpia consciencia, era la que había excitado la hilaridad de Bello, y le hacía aparecer con la trepidación del que llora. La narración, hecha con el énfasis y aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daban a la anécdota un interés eminentemente cómico, que había sacado de sus casillas al venerable maestro” (Latham 155-6).

En la escena se conjugan el humor de la anécdota, propio de cualquier pasaje quijotesco, con la ironía histórica que condujo a estos dos maestros del Libertador, tan admirables como antagónicos en sus ideas, costumbres y vidas, a encontrarse en la capital de Chile, algunos años después de la muerte de su discípulo. No podemos pasar por alto que Rodríguez le está contando a Bello una anécdota sobre el Mariscal Antonio José de Sucre, de quien como sabemos dependió su suerte en Chuquisaca¹⁷. Pero hay algo más. Los destinos de estos dos hombres, Bello y Rodríguez, dependieron de cartas de su discípulo, Simón Bolívar, en momentos en que las circunstancias del torbellino político de la época les fueron desfavorables. Cartas que nunca o tarde les llegaron. Bello, luego de una prolongada espera en Londres viviendo de modo precario y esperando una respuesta del gobierno de Colombia para que le otorgara algún cargo que le permitiera salir de la miseria y brindarle el necesario sustento a su

¹⁷ En una carta de Sucre a Bolívar, a propósito de la gestión de Rodríguez en Bolivia, dice: “Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también con una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene” (Morales 323).

familia, decidió aceptar la oferta que le hiciera el gobierno chileno por intermedio del secretario de la legación de ese país, José Miguel de la Barra, por recomendación de don Mariano Egaña, para ocupar un puesto administrativo en Santiago de Chile. La carta en la que Bolívar responde a las solicitudes de Bello, la escribe el 27 de abril de 1829, y la dirige a José Fernández Madrid, diciéndole: “Persuada Vd. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo: y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto. Su esquividad nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia” (Jaksic 178). El 14 de febrero de ese año Bello había partido hacia Chile, en el barco mercante *Gracian*. Por su parte, Rodríguez, unos años antes, luego de la fallida experiencia de Chuquisaca y la decisión de Sucre, le escribe a Bolívar en varias ocasiones, a fin de que éste dispusiera su destino. En una del 15 de julio, le dice: “quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del encargo que me hizo. Las explicaciones tienen siempre el aire de chisme, sobre todo cuando se hacen de lejos. [...] Sáqueme U. de aquí, enviándome con quéirme: lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con los muchachos creyendo que hacía bien: no me quejo; porque creo que he hecho bien, y si U. cree lo contrario, será como siempre, *mea culpa*” (Tomo II 507). Ni de esa ni de otras cartas recibió Rodríguez respuesta de Bolívar; situación que atribuyó a la interceptación que hacía el señor Luna Pizarro, futuro Arzobispo de Lima, “siempre enemigo del zambo Don Simón”, de las cartas que le enviara el Libertador.

De este modo la suerte de estos dos caraqueños vino a llevarlos a las regiones australes del continente, para hacerlos reírse de las solemnidades de la historia, a pesar de las dificultades y los avatares de sus destinos. A reírse “de un modo infinitamente serio” como diría Lezama Lima para referirse a Mallarmé, cosa que pudo haber dicho también de Simón Rodríguez, cuyas innovaciones tipográficas se adelantaron casi 70 años a las que del poeta de *Un coup de dés jamais n’abolira le Hazard*, y quien, por lo demás, en varias ocasiones fue rememorado por el poeta habanero, viéndolo envejecer en las cercanías del Titicaca, al elaborar el recuento de los protagonistas de sus “eras imaginarias”.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Miguel Luis. *Ensayos biográficos*. Tomo IV. Santiago: Imprenta Nacional, 1896.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.
- García Bacca, Juan David. “Prólogo”. Simón Rodríguez. *Sociedades americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990: IX-XLIII.

- Calzadilla, Juan Antonio. *Simón Rodríguez. Pequeña antología pedagógica*. Caracas: Fundarte, 2010.
- Calzavara, Alberto. *Historia de la música en Venezuela. Período hispánico con referencias al teatro y a la danza*. Caracas: Fundación Pampero, 1987.
- Grases, Pedro. *La peripecia bibliográfica de Simón Rodríguez*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, 1979.
- Jaksic, Iván. *Andrés Bello. La pasión por el orden*. Caracas: BID&co; UCAB, 2007.
- Lastarria, José Victorino. *Recuerdos literarios*. Santiago: Imprenta Servat, 1885.
- Latham, Ricardo. *Varia lección*. Selección y nota preliminar: Pedro Lastra y Alfonso Calderón. Recop. Pedro Pablo Zegers. Santiago: DIBAM, 2000.
- Lecuna, Vicente. *Cartas del Libertador*. Tomo IV. Caracas: Litografía y Tipografía Comercio, 1929.
- _____. “Correspondencia de los Palacios”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 119, XXX. Caracas (1947).
- López Ortega. “Venezuela: historia, política y literatura (conversación con Antonio López Ortega)”. *Revista Iberoamericana* 166-167. Vol. XL, enero-junio 1994: 397-414.
- Morales, Fabio. “Cronología”. Simón Rodríguez. *Sociedades Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- O’Leary, Daniel Florencio. *Memorias del general Daniel Florencio O’Leary*. Tomo I. Caracas: Imprenta Nacional, 1952.
- Picón Salas, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Impresores Unidos, 1940.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama, 1984.
- Rodríguez, Simón. *Sociedades americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- _____. *Obras completas del maestro del Libertador*. 2 Tomos. Caracas: Presidencia de la República, 1999.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.
- Rumazo González, Alfonso. “Estudio introductor: el pensamiento educador de Simón Rodríguez”. Simón Rodríguez. *Obras completas del Maestro de Bolívar*. Tomo I. Caracas: Presidencia de la República, 1999: 21-132.
- Uslar Pietri, Arturo. *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila, 1993. [1ra edición, México: Fondo de Cultura Económica, 1948]
- Uribe Ángel, Manuel. “El Libertador, su Ayo y su Capellán”. VV.AA. *Homenaje de Colombia al Libertador en su primer centenario. 1783-1883*. Bogotá: Medardo Rivas, 1884.
- Villagrán, Fernando. *Simón Rodríguez: Las razones de la educación pública*. Santiago: Catalonia, 2011.

SOCIEDADES AMERICANAS

EN

1828.

COMO SERÁN Y COMO PODRIAN SER ☺

EN LOS SIGLOS VENIDEROS.

*En esto han de pensar los americanos,
no en pelear unos con otros.*

CHILLAN.

IMPRESA PRINCIPAL.

— 1864 —

Portada de la edición de *Sociedades americanas* publicada en Chillán en 1864 (Biblioteca Nacional de Chile).

Simón Rodríguez



Acuarela en miniatura realizada por su discípulo Juan Agustín Guerrero (ca. 1851). El original se conserva en el Museo Pérez Chiriboga, de Quito. Obsérvese la lamparilla provista de una vela en la parte inferior del bastón (Del libro *Simón Rodríguez*. Fabio Morales, Compilador. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1992).

No. 1.

1847

Amigo

No escribiré a V. largo, porque se me olvidó el día del correo, y la persona que lleva esta a Puerto ha estado esperando p.^o ponerse en talera. La casualidad ha traído aquí a un médico naturalista Suizo, que aún explorando, y que me ha hecho el favor de con algunos testimonios a Mamulista. Pero p.^o Barbacoas y va al Suraco a nivelizar las aguas del río Vinagre. No debe estar en el caso de Combal no hai más noticias del país. en las de S.^{ta} Se corre que el General Morquera es el Presidente de la República y que su hermano es Arzobispo.

Flora está en Norte. American con un Ejército de mil de milicias. Poco está haciendo confesión general. Los Anglo-americanos se han traspasado a Mejica, con un propósito. Yo estoy bueno. El D.^o Orejuela ha puesto su capote, de Gobernador de Barbacoas.

F. Onate el Correo Suizo

Muestra del arte caligráfico de Simón Rodríguez. Se trata de una carta al coronel Anselmo Pineda, de fecha 26.11.1847 (Rodríguez tenía ya 78 años de edad). (Del libro *Simón Rodríguez*, de Fabio Morales, 1992).